

VICTORIA FÓSIL EN SHARM EL-SHEIKH: SÓLO QUEDA LA LUCHA

Daniel Tanuro, Gauche Anticapitaliste

https://www.gaucheanticapitaliste.org/victoire-fossile-a-sharm-el-sheikh-il-ne-reste-que-la-lutte/?_gl=1*1I21xdw*_ga*MTcwNjc1NTE5OS4xNjcwOTQ4NjE3*_up*MQ..

Unos días antes de la inauguración de la COP27 en Sharm El-Sheikh, Egipto, escribí que esta conferencia sería una "nueva cumbre del lavado verde, el capitalismo verde y la represión" (1). Ha sido un error. El lavado verde y la represión fueron más frecuentes que nunca a orillas del Mar Rojo, pero el capitalismo verde sufrió un revés y los fósiles obtuvieron una clara victoria.

En términos climáticos, el capitalismo verde puede definirse como la facción de las empresas y sus representantes políticos que afirma que la catástrofe puede detenerse mediante una política de mercado que anime a las empresas a adoptar tecnologías energéticas verdes o "bajas en carbono", de modo que puedan conciliarse el crecimiento económico, el aumento de los beneficios y el rápido descenso de las emisiones, e incluso alcanzar las "emisiones netas cero" en 2050. Este componente, denominado "mitigación" del cambio climático, se completa con un componente denominado "adaptación" a los efectos ya inevitables del calentamiento global, y con un componente de "financiación" (principalmente para los países del Sur). También en estos dos frentes, los defensores del capitalismo verde creen que el mercado puede hacer el trabajo, incluso lo ven como una oportunidad para el capital.

DE COPENHAGUE A PARÍS, DE "ARRIBA ABAJO" A "ABAJO ARRIBA

El acuerdo alcanzado en París en la COP21 (2015) fue una manifestación típica de esta política. En él se estipulaba que las partes se comprometerían a tomar medidas para mantener el calentamiento "muy por debajo de los 2 °C, al tiempo que proseguirían sus esfuerzos para no superar los 1,5 °C". Cabe recordar que la COP15 (Copenhague, 2009) había enterrado la idea de una asignación global del "presupuesto de carbono de 2°C" (la cantidad de carbono que aún puede enviarse a la atmósfera para tener una probabilidad razonable de no superar los 2°C este siglo) en función de las responsabilidades y capacidades diferenciadas de los Estados. Esta distribución global era (y sigue siendo) el enfoque más racional para combinar la eficiencia climática y la justicia social, pero este enfoque de arriba abajo implicaba ajustar las cuentas del imperialismo, algo que EE.UU. y la UE no querían a cualquier precio. Por ello, la COP16 (Cancún, 2010) adoptó un enfoque ascendente, más compatible con el espíritu neoliberal: cada Estado determinaría su "contribución nacional" al esfuerzo climático, y se vería, a lo largo de las COP anuales, si 1) la suma de los esfuerzos era suficiente; 2) la distribución de los esfuerzos se ajustaba al principio de "responsabilidad común pero diferenciada" consagrado en la Convención Marco sobre el Cambio Climático (ONU, Río, 1992).

Esta Convención Marco, como recordatorio, afirmaba la voluntad de las partes de evitar "interferencias antropogénicas peligrosas en el sistema climático". Seis años después

de Copenhague, veintitrés años después de Río, París ha aclarado por fin qué se entiende por esto. Es la fórmula que mencionábamos antes: "mantenerse muy por debajo de los 2 °C mientras se prosiguen los esfuerzos para no sobrepasar los 1,5 °C...". Pero su ambigüedad es evidente: ¿dónde está el umbral de peligro al final? ¿A 2°C o a 1,5°C? Se pidió al IPCC que aclarara la respuesta a esta pregunta y presentó un informe específico que muestra claramente que medio grado más o menos tendrá una enorme diferencia en términos de impacto. En este sentido, la COP26 (Glasgow, 2021) ha dado la razón a los representantes de los pequeños Estados insulares, que dan la voz de alarma: debemos mantenernos por debajo de 1,5 °C de calentamiento.

Pero, ¿cómo hacerlo? El desfase entre las "contribuciones nacionales" de los Estados y la senda a seguir para mantenerse por debajo de 1,5°C (o superar sólo ligeramente este umbral, con la posibilidad de volver a caer por debajo con bastante rapidez) es abismal: sobre la base de las contribuciones nacionales, el calentamiento superará alegremente el objetivo. Los redactores del Acuerdo de París eran conscientes de esta brecha de emisiones. Por ello, decidieron que los compromisos climáticos de las partes se someterían a un ejercicio de "ampliación" cada cinco años, con la esperanza de cerrar gradualmente la brecha entre los compromisos y el objetivo. El problema es que seis años después, el objetivo a alcanzar (1,5°C como máximo) se ha vuelto mucho más restrictivo, y el tiempo disponible para lograrlo se ha reducido a cuantagotas.

DE PARÍS A GLASGOW: ¿"AUMENTAR LAS AMBICIONES"?

En Glasgow, el mensaje de los científicos fue meridianamente claro: a) la reducción de las emisiones mundiales debe empezar ya, b) el pico mundial debe superarse a más tardar en 2025, c) las emisiones de CO₂ (¡y metano!) deben reducirse en un 45% a escala mundial de aquí a 2030, y d) la justicia climática significa que el 1% más rico dividirá sus emisiones por treinta, mientras que el 50% más pobre las multiplicará por tres. Todo ello, por no hablar de los enormes esfuerzos necesarios en materia de adaptación y financiación, sobre todo en los países pobres...

En este contexto, Glasgow no pudo sino constatar la obsolescencia acelerada de la estrategia quinquenal de "aumento de las ambiciones" adoptada en París: nadie podía afirmar seriamente que una ronda de financiación cada cinco años permitiría cerrar la brecha de emisiones. En un contexto muy tenso, la Presidencia británica propuso entonces que el componente de mitigación se sometiera a una revisión anual durante la "década decisiva" 2020-2030, y así se aprobó. La Presidencia también propuso una decisión sobre la eliminación rápida del carbón, pero ésta fue vetada por India, de modo que se tomó una decisión sobre la reducción progresiva en lugar de la eliminación progresiva del uso del carbón.

EN SHARM EL-SHEIKH: HAGAN SUS APUESTAS, NO QUEDA NADA

Al final de la COP27, el balance es bastante claro: no queda casi nada de los compromisos adquiridos en Glasgow. El aumento anual de la ambición no se produjo. Todos los Estados deberían haber actualizado sus "contribuciones nacionales". Sólo treinta países lo han hecho, y aun así, no lo suficiente (2). Es muy probable que éste sea el último intento y que en adelante nos conformemos con el proceso de revisión

quinquenal previsto por la COP21... ¡mientras fingimos hipócritamente ignorar que es imposible respetar el límite de 1,5°C!

La COP26 había adoptado un programa de trabajo sobre mitigación que la COP27 debía aplicar. Este último se limitó a decidir que el proceso sería "no prescriptivo, no punitivo" y "no conduciría a nuevos objetivos". El objetivo máximo de 1,5 °C adoptado en Glasgow estuvo a punto de ser cuestionado explícitamente (fue cuestionado explícitamente fuera de la sesión plenaria por los representantes de Rusia y Arabia Saudí, por no hablar de los globos sonda lanzados por China e India en algunas reuniones del G20).

No se ha decidido nada para hacer realidad la reducción progresiva del carbón. La delegación india propuso hábilmente un texto sobre la eventual salida de todos los combustibles fósiles (no sólo el carbón, sino también el petróleo y el gas). Sorpresa: ochenta países, "desarrollados" y "en desarrollo", la apoyaron, pero la presidencia egipcia ni siquiera la mencionó. La declaración final no dice nada al respecto. El término "combustibles fósiles" sólo aparece una vez en el texto, en el que se pide "acelerar los esfuerzos para reducir (el uso de) carbón no consumido y eliminar las subvenciones ineficaces a los combustibles fósiles". La fórmula es exactamente la misma que la adoptada en Glasgow... (el término "carbón limpio" se refiere a las instalaciones de combustión sin captura de CO₂ para secuestro geológico o uso industrial...). Según filtraciones sobre las conversaciones entre los jefes de las delegaciones, los saudíes y los rusos se opusieron a cualquier otra mención de los combustibles fósiles en el texto. El representante ruso llegó a decir: "Esto es inaceptable. No podemos empeorar la situación energética" (3). Es la sartén por el mango.

Creíamos haberlo visto todo en materia de "greenwashing", pero no: ciertas decisiones tomadas en Sharm El-Sheikh abren el riesgo de que los derechos de contaminación se contabilicen dos veces. París había decidido el principio de un "nuevo mecanismo de mercado" que tomara el relevo del MDL (Mecanismo de Desarrollo Limpio, creado por el Protocolo de Kioto). A partir de ahora, el mercado de derechos tendrá dos niveles: por un lado, un mercado de créditos de emisión y, por otro, un mercado libre de "contribuciones de mitigación", en el que nada impide que las llamadas reducciones de emisiones se contabilicen dos veces (¡una por el vendedor y otra por el comprador!). Además, los países que suscriban acuerdos bilaterales de reducción de emisiones podrán decidir libremente que los medios utilizados son "confidenciales"... ¡y por tanto inverificables!

El tema tan de moda de la "eliminación del carbono" de la atmósfera aumenta considerablemente los riesgos de lavado verde en el mercado de créditos de emisión. En teoría, podrían utilizarse varios métodos y tecnologías, pero existe un gran peligro de que se utilicen como sustitutos de la reducción de emisiones. Por tanto, las cosas deben definirse y supervisarse muy estrictamente. Especialmente cuando implican el uso de zonas terrestres con fines energéticos, ya que existe un claro riesgo de que dicho uso entre en conflicto con la nutrición humana y la protección de la biodiversidad. Un organismo técnico designado previamente debía estudiar el problema. Se enfrenta a tal

masa de propuestas impugnadas o no probadas que cabe temer lo peor, impulsadas por una alianza entre los fósiles y la agroindustria.

"PÉRDIDAS Y DAÑOS": EL BOSQUE POR LOS ÁRBOLES

La decisión de crear un fondo de "pérdidas y daños" ha recibido una gran atención mediática. Se trata de una reivindicación que los países pobres y los pequeños Estados insulares llevan haciendo desde hace 30 años: que las catástrofes climáticas que sufren les cuestan muy caras, aunque sean producto del calentamiento global causado principalmente por los países capitalistas desarrollados, y que los responsables deberían pagar, a través de un fondo ad hoc. Estados Unidos y la Unión Europea siempre se han opuesto a esta exigencia, pero en Sharm El-Sheikh la presión de los países "en vías de desarrollo" fue demasiado fuerte y no hubo margen para el compromiso: o se creaba un fondo, o el proceso de la COP llegaría a su fin y se crearía una profunda fractura entre el Norte y el Sur. Cabe señalar que este "Sur" incluye países tan diferentes como las monarquías petroleras, China y los países llamados "menos desarrollados"... Para evitar que todo este pequeño mundo forme un bloque apoyado por el discurso "antioccidental" del Kremlin, el imperialismo occidental no podía permitirse el lujo de no hacer nada. La UE desbloqueó la situación poniendo condiciones: 1º) que el fondo se reponga con diversas fuentes de financiación (incluidas las existentes y las "innovadoras"); 2º) que sus intervenciones beneficien únicamente a los países más vulnerables; 3º) que la COP "eleve las ambiciones" de mitigación. Los dos primeros puntos se cumplieron, el tercero no.

La creación del fondo es sin duda una victoria para los países más pobres, cada vez más afectados por catástrofes como las inundaciones que han asolado recientemente Pakistán y Níger, o los tifones que asolan cada vez más Filipinas. Pero se trata de una victoria simbólica, ya que la COP27 sólo adoptó una vaga decisión de principio. ¿Quién pagará? ¿Cuándo ocurrirá? ¿Cuánto costará? Y sobre todo: ¿a quién irán a parar los fondos? ¿A las víctimas sobre el terreno o a los intermediarios corruptos? En todas estas cuestiones, podemos esperar duras batallas. Arabia Saudí, los Emiratos y Qatar se negarán a pagar, alegando que la ONU los define como "países en desarrollo". Lo más probable es que China haga lo mismo, argumentando que contribuye mediante acuerdos bilaterales como parte de sus "nuevas rutas de la seda". El capitalismo no se hará cargo del desastre del que es responsable y que está destruyendo la vida de millones de hombres y mujeres en el Sur, pero también en el Norte (aunque allí las consecuencias sean menos dramáticas por el momento)...

Los gritos de victoria sobre el fondo de "pérdidas y daños" son tanto más injustificados cuanto que las demás promesas en materia de financiación siguen sin cumplirse por parte de los países ricos: los cien mil millones de dólares anuales no se han ingresado en el Fondo Verde para el Clima, y el compromiso de duplicar los recursos del fondo para la adaptación no se ha cumplido.

UNA VICTORIA PARA LOS FÓSILES, GANADA EN NOMBRE DE... ¿LOS MÁS POBRES?

No es éste el lugar para entrar aquí en más detalles, ya que otras publicaciones lo han hecho muy bien (Carbon Brief, Home Climate News, CLARA, entre otras). La conclusión que se desprende es que la política climática del capitalismo verde, con sus tres componentes (mitigación, adaptación, financiación), fracasó en Sharm El-Sheikh. La Unión Europea, campeona del capitalismo verde, estuvo a punto de retirarse. Por otro lado, la COP27 se saldó con una victoria del capital fósil.

Esta victoria es ante todo el resultado del contexto geopolítico creado por el fin (?) de la pandemia y acentuado por la guerra de agresión rusa contra el pueblo ucraniano. Hemos entrado en una coyuntura de crecientes rivalidades interimperialistas y de rearme total. Las guerras, por así decirlo, son todavía sólo locales, y no todas están declaradas aún, pero la posibilidad de una conflagración acecha a todos los dirigentes capitalistas. Aunque no lo quieran, se están preparando para ello, y esta preparación, paradójicamente, implica tanto la aceleración del desarrollo de las energías renovables como el aumento del recurso a las energías fósiles, con lo que se amplían considerablemente las posibilidades de beneficio de los grandes grupos capitalistas del carbón, del petróleo, del gas... y del capital financiero que está detrás. No es casualidad que, un año después de Glasgow, la GFANZ (Glasgow Financial Alliance for Net Zero) de Mark Carney se desinflen: los bancos y los fondos de pensiones están menos dispuestos que nunca a cumplir las normas de la ONU (Race for Zero net) sobre la prohibición de invertir en combustibles fósiles...

En segundo lugar, es el resultado de la propia naturaleza del proceso de la COP. Desde París, el patrocinio capitalista de estas cumbres se ha disparado. En Sharm El-Sheikh, parece que la cantidad se ha convertido en calidad. De las veinte empresas patrocinadoras del acto, sólo dos no estaban directa o indirectamente vinculadas a la industria de los combustibles fósiles. Los grupos de presión de las industrias del carbón, el petróleo y el gas enviaron a más de 600 delegados a la conferencia. A esto hay que añadir la "escoria fósil" de las delegaciones de muchos Estados (¡incluidos los representantes de los oligarcas rusos sancionados!), por no hablar de las delegaciones oficiales compuestas íntegramente por esta "escoria", especialmente las de las petromonarquías de Oriente Medio. Toda esta escoria fósil parece haber cambiado de táctica: en lugar de negar el cambio climático, o su origen "antropogénico", o el papel del CO₂, ahora se hace hincapié en los "fósiles limpios" y las tecnologías de eliminación del carbono. La delegación emiratí (¡un millar de delegados!) organizó un acto paralelo para atraer socios que colaboren en un vasto proyecto de "petróleo verde" consistente (estúpidamente, porque la tecnología es conocida) en inyectar CO₂ en los yacimientos para producir más petróleo... cuya combustión producirá más CO₂. El Financial Times, que está por encima de cualquier sospecha de anticapitalismo, no tuvo miedo de poner el pie en el acelerador: el dominio fósil en las negociaciones ha crecido tanto que la COP27 era de hecho una feria de inversiones, especialmente en gas ("energía verde", ¡según la Unión Europea!), pero también en petróleo, e incluso en carbón (FT, 26/11/2022).

Intervino un tercer factor: el papel de la presidencia egipcia. En la sesión plenaria final, el representante de Arabia Saudí dio las gracias, en nombre de su país y de la Liga Árabe. En efecto, la dictadura del general Sisi ha logrado una doble actuación: por un lado, se ha impuesto como un país aceptable a pesar de la feroz represión de toda oposición; y por otro, se ha hecho pasar por portavoz de los pueblos sedientos de justicia

climática, en particular en el continente más pobre del mundo, aunque en realidad actuaba en connivencia con los más implacables explotadores de combustibles fósiles, tan ricos que no saben qué hacer con su fortuna. En su discurso final, el representante saudí añadió: "Queremos insistir en que la Convención [la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático] debe ocuparse de las emisiones, no de su origen. En otras palabras: explotemos y quememos combustibles fósiles, no hay necesidad de eliminar esta fuente de energía, centrémonos en cómo eliminar el CO₂ de la atmósfera, "compensando" las emisiones (captura y secuestro geológico, plantaciones de árboles, compra de "derechos a contaminar", etc.).

SÓLO QUEDA LA LUCHA DE MASAS

Los europeos, con Frank Timmermans a la cabeza, lloriquean y se dan golpes en el pecho: "La posibilidad de mantenerse por debajo de 1,5°C es cada vez más baja y está desapareciendo", dicen en esencia. Y así es. ¿Pero de quién es la culpa? Sería demasiado fácil pasar la pelota. En realidad, estos heraldos del capitalismo verde están atrapados en su propia lógica neoliberal: ¿juran por el mercado? Bueno, los fósiles, que dominan el mercado, dominaban la COP... El tiempo dirá si esto es sólo un hipo en la historia. La COP28 estará presidida por Emiratos Árabes Unidos, así que no hay nada que esperar por su parte. La respuesta, de hecho, dependerá de la evolución de la situación geopolítica mundial, que en última instancia significa luchas sociales y ecológicas. O las revueltas de masas harán temblar a los poderosos y les obligarán a rendirse; en este caso, cualquiera que sea el origen de la lucha (¿inflación? ¿Demasiados asesinatos, como en Irán? ¿Un encierro policial, como en China?), se abrirá un espacio para unir lo social y lo ecológico, y así también para imponer medidas en la dirección de una política climática diferente. De lo contrario, la carrera hacia el abismo continuará.

Esta vez, nadie se atrevió a decir, como de costumbre, que esta COP, "aunque decepcionante", era sin embargo "un paso adelante". De hecho, ahora hay dos cosas muy claras: 1°) no habrá ningún "paso adelante" real sin medidas anticapitalistas y antiproductivistas radicales; 2°) no saldrán de las COP, sino de las luchas y de su convergencia.